

periódicos y abrió en México, el 6 de Octubre de 1845, una Escuela Mercantil, cuyo plan fué más extenso que el seguido pocos años antes en el Instituto Veracruzano, pues contó desde luego con clases de Caligrafía, Geografía comercial, Aritmética mercantil, Teneduría de libros y las lenguas vivas más comunes; pero aunque su sostenimiento costaba apenas 5.000 pesos anuales, era tal la falta de recursos que, en su informe de 13 de Noviembre de 1846, la Junta preveía la necesidad de clausurarla.

9. Así, por más que el esfuerzo hecho en 1841 y 1842, y concentrado en 1843, pudo causar la ilusión de que la enseñanza iba á entrar en una ruta de progreso, sólo continuaron haciéndose ensayos para crear instituciones nuevas, de las que la única que adquirió momentáneamente cierta vida, por su reducido coste, fué la Escuela de Comercio.

Un efecto, sin embargo, acabó de producirse: el Gobierno concluyó por declarar, sin protesta alguna, su jefatura sobre las antiguas instituciones; y aun cuando éstas no hicieron más que acentuar sus condiciones propias, en detalles hubieron de perfeccionarse, ya por la creación de nuevas clases, ya por la supresión moral de la Universidad de México, ya, la Escuela de Minería y la Escuela de San Carlos, por el aumento de recursos; sin embargo, no modificándose intrínsecamente, sus efectos sobre los educandos tenían que ser análogos á los del siglo anterior.



México. — Vista antigua del Colegio de San Ildefonso

## CAPÍTULO VII

### EDUCACIÓN DEBIDA AL ESFUERZO INDIVIDUAL

DESDE 1843 HASTA 1854

**L**a lucha de privilegiados y no privilegiados, que, como he dicho, sólo podía acabar con el aniquilamiento de los primeros por la pérdida de sus prerrogativas, tenía que mantener un estado anárquico, que debía desarrollarse de tiempo en tiempo por la explosión periódica de las tendencias individualistas, formadas por el mismo inquebrantable deseo de mandar de los descubridores, de los conquistadores, de los misioneros del siglo xvi. El gobierno centralista de 1843 no podía prevalecer, puesto que dejaba en pie los privilegios y las esperanzas de los ambiciosos, y cayó en consecuencia en 1846, arrastrando consigo varias de sus mejoras.

Profunda división entonces aquejó al país, por el desencadenamiento de esfuerzos individualistas incoordinados, y produjo la victoria de los Estados Unidos de América, en la lucha que con México sostuvieron para apoderarse de Texas, que quiso separarse de nuestra República en virtud de la tendencia centrífuga desarrollada en los mexicanos siempre que han carecido de un director que se les imponga.

La marcha triunfal de los ejércitos del Norte al Septentrión y Oriente del país, entrecortada por peripecias heroicas, determinó, con el terror de la derrota, la suspensión de las instituciones educativas, é hizo que en innumerables mexicanos surgiera, obscura ó claramente, la noción de que los desastres sufridos se debían á nuestra incoherencia política, en tanto que los triunfos de los extranjeros eran atribuíbles á que sus grandes esfuerzos individualistas no tenían ningún elemento anárquico. Fué así la inicia

guerra de 1847, dolorosa y rudamente educativa: sugirió á los pensadores el secreto de la fuerza avasalladora que había hecho de las pobres colonias, fundadas por los peregrinos de la flor de Mayo, el pueblo vencedor del que antes pudo llamarse el más grande de la América.

A las antiguas corrientes de educación latina vino á sobreponerse entonces una corriente de educación sajona, que facilitó el triunfo de las instituciones de carácter netamente práctico, pues se adquirió la certeza de que dicho carácter y la completa disciplina republicana era lo que producía, con la supresión de los privilegios, el progreso de los anglo-americanos.

Su fulminante invasión, el hecho de que la mejor de nuestras páginas en esa época fué la escrita en Chapultepec con sangre de niños, el desmembramiento del territorio, consiguiente al triunfo de los enemigos, se vieron entonces por los verdaderos patriotas como crueles lecciones, y desarrollaron el deseo de alcanzar la igualdad para todos.

En consecuencia, la dolorosa labor intelectual que en los mexicanos causó la derrota puede considerarse fecunda; y como la Nación no perdió sino el territorio que nunca se había ligado con ella, pues carecía casi por completo de idénticas tradiciones, igual población y los mismos ideales, y hasta él era difícilísimo llegar por la falta de caminos y la distancia de las poblaciones, el desmembramiento del país no lo debilitó materialmente; le fué útil, porque lo hizo más capaz de constituir entero una patria, volviendo menos ardua su unión para realizar sus destinos.

Esto explica por qué instituciones educativas, nacidas antes de la lucha, florecieron en seguida.

2. Una hubo entre todas, pura y meritoria, que recuerda los más bellos tiempos de la evangelización, y que, como lo mejor de México hasta 1867, tuvo por origen la iniciativa privada: los gobiernos, desde la llegada de los conquistadores, casi exclusivamente habían fundado instituciones caducas, como la Universidad, ó por excepción vivideras, con la ayuda de los particulares, como la Academia de San Carlos; en cambio, á la iniciativa privada se debieron los grandes colegios que han subsistido siglos, la conservación de la Escuela de Medicina y de la de Bellas Artes, numerosas escuelas primarias, y la Compañía Lancasteriana, que en el perpetuo demolimiento de autoridades, y mientras se derogaban apenas se habían expedido las leyes, atravesaba el vendaval de las revoluciones. Por la iniciativa privada puede decirse que tenemos civilización; y si los gobiernos acababan por prohiar las escuelas, era porque primero las habían herido, absorbiendo sus capitales, y á cambio de este atentado tenían que brindarles ayuda, frecuentemente irrisoria.

A la iniciativa privada se debió, en 1846, un grupo nuevo de instituciones sellado por el más noble desinterés: había entonces en México un proletario virtuoso, Vidal Alcocer, viejo combatiente de la Independencia, humilde empleado, obscuro artesano, que, por vivir en medio del pueblo, comprendió sus miserias y su decaimiento, sintió que el germen de todos los delitos es el abandono, vió que había una multitud de abandonados, los mestizos infimos; que entre ellos los niños no tenían pan, que rodando de la cuna á las encrucijadas, en medio de rostros desconocidos y de puños cerrados, sólo podían vivir teniendo la mano, para obtener el alimento que se da á parásitos, ó encañallando sus incipientes espíritus.

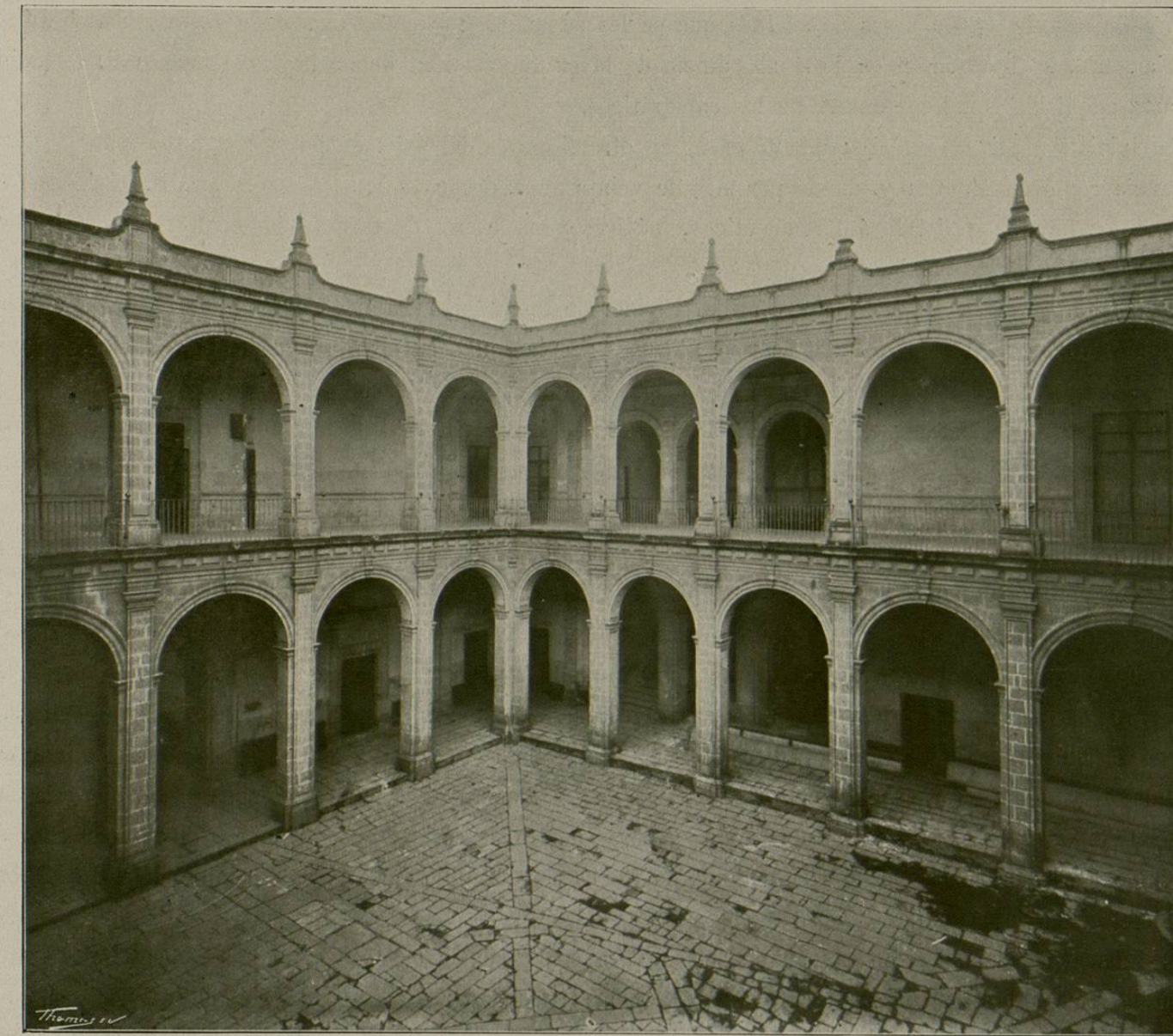
Y él, que apenas tenía subsistencia, se propuso darla á los vagabundos incapaces de entrar á las pocas escuelas existentes, donde no se ofrecía saciar su hambre; y él, que tampoco tenía instrucción, se propuso llevarla á manos llenas á los nuevos ilotas.

Realizó el milagro: como los ricos filántropos, no legó sin trabajo millones para fundar palacios con soberbias escuelas; «lloró sobre la miseria y la fecundó con sus lágrimas;» fué al barrio más desolado, al de la Palma, donde es fama que han vivido los peores criminales; llamó á desheredados como él, y el 6 de Octubre de 1846 fundó la «Sociedad de Beneficencia para la educación y amparo de la niñez desvalida,» que, sin recursos, se resolvió á crearlos á fuerza de súplicas y abnegación, sin retroceder ante las puertas cerradas y los corazones endurecidos, aunque las manos se llagaran de golpear en ellos.

Así los creó, y abrió entonces pequeñas escuelas en que se repartía á los niños, cubiertos de andrajos, el viejo y humilde alimento indígena, hecho de maíz y agua, *el atole*, después de lo cual los labios descoloridos sonreían, los ojos extintos brillaban, y brillaban las desnudas paredes con la suave claridad de la ciencia, que invadía como una aurora los desnudos cerebros.

El heroico Alcocer abandonó un momento sus afanes para combatir como sargento contra los invasores de 1847; pero volvió luego á absorberse en sus nobles aspiraciones, de modo que, en tanto que en 1851 el Ayuntamiento de México y la Sociedad Lancasteriana apenas sostenían cada uno cuatro escuelas en la capital del país, en 1852 la Sociedad de Beneficencia tenía veinte, en catorce barrios, y llegaban á cuatro mil sus alumnos; no satisfecho, sin embargo, el incansable Alcocer lanzó elocuente grito de fe, de esperanza y de caridad al Gobierno, y consiguió que éste viniera en su ayuda, con pequeños recursos, y autorizara una rifa para allegar mayores elementos.

3. La iniciativa individual se manifestó, además, ya por otros individuos virtuosos, que en diversos



México.—Patio de la actual Escuela de Comercio

lugares fundaban escuelas gratuitas y legaban fondos para ellas, ya por sociedades con igual objeto, ó por particulares que pedían retribución á los alumnos; de modo que la obra del Gobierno siguió siendo, hasta después de 1867, inferior á la de los individuos, y en 2 de Enero de 1851 la Memoria del ministro de Relaciones tenía que hacer constar que, de 122 escuelas primarias, entonces concurridas en la ciudad de México por 7.636 alumnos, sólo cuatro, con 488 escolares, eran del Gobierno y dos de los conventos, con 150 discípulos; las 116 restantes, con 6.955 educandos, eran de particular iniciativa, si bien unas cuantas, como las cuatro de la Sociedad Lancasteriana, recibían pequeños auxilios del Gobierno mismo.

Menor era la desproporción de las obras de los individuos y de las autoridades en otras partes del país, pero siempre excedían las de los primeros: estadísticas de Guanajuato comprueban que, también en 1851, por 76 escuelas oficiales había allí 109 particulares.

Además, no sólo era más grande el número de éstas: estaban mejor atendidas, pues, aunque carecían